

SEDE APOSTÓLICA
SANTO PADRE
Benedicto XVI

Discurso

ENCUENTRO CON EL CLERO DE LA DIÓCESIS
DE BOLZANO-BRESSANONE (ITALIA)

Encuentro con el clero de la Diócesis de Bolzano-Bressanone (Italia)

8 de agosto de 2008

Santo Padre, me llamo Michael Horrer y soy seminarista. Con motivo de la XXIII Jornada Mundial de la Juventud, celebrada en Sídney, Australia, en la que participé junto con otros jóvenes de nuestra Diócesis, usted repitió continuamente a los cuatrocientos mil jóvenes presentes la importancia de la acción del Espíritu Santo en nosotros, los jóvenes, y en la Iglesia. El tema de la Jornada era: «Recibiréis la fuerza del Espíritu Santo, que vendrá sobre vosotros, y seréis mis testigos» (Hch 1,8). Hemos regresado a nuestras casas, diócesis y vidas fortalecidos por el Espíritu Santo y por sus palabras. Santo Padre: ¿Cómo podemos vivir concretamente en nuestra vida cotidiana los dones del Espíritu Santo y testimoniarlos a los demás, de modo que también nuestros parientes, amigos y conocidos experimenten la fuerza del Espíritu Santo y así podamos cumplir nuestra misión de testigos de Cristo? ¿Qué nos aconseja para lograr que nuestra Diócesis siga siendo joven a pesar del envejecimiento del clero, y para que permanezca abierta a la acción del Espíritu de Dios, que guía a la Iglesia?

Gracias por esta pregunta. Me alegra ver a un seminarista, un candidato al sacerdocio de esta Dióce-

El Evangelio de san Juan nos cuenta que, después de la Resurrección, el Señor se aparece a los discípulos, sopla sobre ellos y les dice: «*Recibid el Espíritu Santo*» (Jn 20,22). Es un texto paralelo al del Génesis, donde Dios sopla sobre el polvo de la tierra, éste cobra vida y se convierte en hombre. Ahora el hombre, interiormente oscurecido y medio muerto, recibe de nuevo el aliento de Cristo, y este soplo de Dios es el que le da una nueva dimensión de vida, la vida con el Espíritu Santo.

Así pues, podemos decir que el Espíritu Santo es el aliento de Jesucristo, y nosotros, en cierto sentido, debemos pedir a Cristo que sople siempre sobre nosotros para que ese aliento sea vivo y fuerte en nosotros, y actúe en el mundo. Eso significa, por tanto, que debemos mantenernos cerca de Cristo. Lo hacemos meditando su Palabra. Sabemos que el autor principal de la Sagrada Escritura es el Espíritu Santo. Cuando a través de ella hablamos con Dios, cuando en ella no buscamos sólo el pasado sino verdaderamente al Señor presente que nos habla, es como si nos encontráramos —como dije también en Australia— paseando en el jardín del Espíritu Santo: hablamos con Él y Él con nosotros. Aprender a sentirnos como en casa en este ámbito, el de la palabra de Dios, es algo muy importante que, en cierto sentido, nos introduce en el aliento de Dios.

Luego, naturalmente, este escuchar, caminar en el ámbito de la Palabra, debe convertirse en una respuesta, una respuesta en la oración, en el contacto con Cristo. Y, como es obvio, ante todo en el santo sacramento de la Eucaristía, en el que Él sale a nuestro encuentro y entra en nosotros, casi se funde con nosotros. Pero también en el sacramento de la Penitencia, que siempre nos purifica y elimina las oscuridades que la vida diaria pone en nosotros.

En pocas palabras, una vida con Cristo en el Espíritu Santo, en la palabra de Dios y en la comunión de la Iglesia, en su comunidad viva. San Agustín dijo: «*Si quieres el Espíritu de Dios, debes estar en el Cuerpo de Cristo*». En el Cuerpo místico de Cristo se encuentra el ámbito de su Espíritu.

Todo esto debería marcar el desarrollo de nuestra jornada, haciendo que sea una jornada estructurada, un día en el que Dios siempre tenga acceso a nosotros, en el que estemos continuamente en contacto con Cristo, en el que precisamente por eso recibamos continuamente el aliento del Espíritu Santo. Si hacemos esto, si no somos demasiado perezosos, indisciplinados o indolentes, entonces nos sucederá algo.

suscita en nosotros. Sin muchas palabras, nos hacen sentir la fuerza del Espíritu y prestar atención a Cristo.

Tal vez he dicho pocas cosas concretas, pero creo que lo más importante es que, ante todo, nuestra vida esté orientada hacia el Espíritu Santo, para que vivamos en el ámbito del Espíritu, en el Cuerpo de Cristo, y que luego, a partir de esto, experimentemos la humanización, cultivemos las sencillas virtudes humanas, y así aprendamos a ser buenos en el sentido más amplio de la palabra. De este modo se adquiere sensibilidad para las iniciativas de bien que luego naturalmente desarrollan una fuerza misionera y, en cierto sentido, preparan el momento en que resulta adecuado y comprensible hablar de Cristo y de nuestra fe.

Santo Padre, me llamo Willibald Hopfgartner, soy franciscano y trabajo en la escuela y en varios ámbitos de la dirección de la Orden. En su discurso de Ratisbona, usted subrayó el vínculo sustancial entre el Espíritu Santo y la razón humana. Por otro lado, usted siempre ha puesto de relieve la importancia del arte y de la belleza, la estética. Entonces, además del diálogo conceptual sobre Dios (en teología), ¿no se debería reafirmar siempre la experiencia estética de la fe en el ámbito de la Iglesia, para el anuncio y la liturgia?

Gracias. Sí, creo que las dos cosas van unidas: la razón, la precisión, la honradez de la reflexión sobre la verdad, y la belleza. Una razón que de algún modo quisiera despojarse de la belleza, quedaría mermada, sería una razón ciega. Sólo las dos cosas unidas forman el conjunto, y para la fe esta unión es importante. La fe debe afrontar continuamente los desafíos del pensamiento de esta época, para que no parezca una especie de leyenda irracional que nosotros mantenemos viva, sino que sea realmente una respuesta a los grandes interrogantes; para que no sea sólo costumbre, sino verdad, como dijo una vez Tertuliano.

San Pedro, en su Primera Carta, escribió aquella frase que los teólogos de la Edad Media tomaron como legitimación, casi como encargo, para su labor teológica: «*Estad siempre dispuestos a dar respuesta a todo el que os pida razón de vuestra esperanza*» (1P 3,15); apología del logos de la esperanza, es decir, transformar el logos, la razón de la esperanza, en apología, en respuesta a los hombres. Evidentemente, san Pedro estaba convencido de que la fe era logos, una razón, una luz que proviene de la Razón

positivismo. La teoría de la evolución ve la verdad, pero sólo ve la mitad de esa verdad; no ve que detrás está el Espíritu de la creación. Nosotros luchamos para que se amplíe la razón y, por tanto, por una razón que esté abierta también a la belleza, sin que tenga que dejarla aparte como algo totalmente distinto e irracional. El arte cristiano es un arte racional —pensemos en el arte gótico o en la gran música, o incluso en nuestro arte barroco—, pero es expresión artística de una razón muy amplia, en la que corazón y razón se encuentran. Esta es la cuestión. Creo que esto es, de algún modo, la prueba de la verdad del cristianismo: corazón y razón se encuentran, belleza y verdad se tocan. Y cuanto más logremos nosotros mismos vivir en la belleza de la verdad, tanto más la fe podrá volver a ser creativa también en nuestro tiempo y a expresarse de forma artística convincente.

Así pues, querido padre Hopfgartner, gracias por su pregunta. Tratemos de hacer que las dos categorías, la estética y el pensamiento, estén unidas, y que en esta gran amplitud se manifieste la integridad y la profundidad de nuestra fe.

Santo Padre, soy don Willi Fusaro, tengo 42 años y estoy enfermo desde el año de mi ordenación sacerdotal. Fui ordenado en junio de 1991, y en septiembre de ese mismo año me diagnosticaron esclerosis múltiple. Soy cooperador parroquial en la Parroquia del Corpus Christi de Bolzano. Me impresionó mucho la figura del papa Juan Pablo II, sobre todo en la última época de su pontificado, cuando llevaba con valentía y humildad, ante el mundo entero, su debilidad humana. Dado que usted estuvo muy cerca de su amado predecesor; y de acuerdo con su experiencia personal, ¿qué palabras me puede decir; nos puede decir a todos, para ayudar realmente a los sacerdotes ancianos y enfermos a vivir bien y fructuosamente su sacerdocio en el presbiterio y en la comunidad cristiana? Muchas gracias.

Gracias, padre. Yo diría que para mí las dos partes del pontificado del papa Juan Pablo II son igualmente importantes. En la primera parte lo vimos como gigante de la fe: con una valentía increíble, una fuerza extraordinaria, una verdadera alegría de la fe, una gran lucidez, llevó hasta los confines de la tierra el mensaje del Evangelio. Habló con todos, abrió nuevos caminos con los movimientos, con el diálogo interreligioso, con los encuentros ecuménicos, con la profundización de la escucha de la palabra de Dios, con todo... con su amor a la sagrada liturgia. Realmente, podemos decir que hizo caer no la

y él le decía, cuando perdía la paciencia: «*Mira, tú estás ahora con el Señor*». Ella le respondía: «*Para ti es fácil decir eso, porque tú estás sano, pero yo estoy en la pasión*». Es verdad; en la pasión verdadera siempre resulta difícil unirse realmente al Señor y permanecer en esta disposición de unión con el Señor doliente.

Oremos, pues, por todos los que sufren y hagamos lo que esté en nuestra mano para ayudarles; mostrémosles nuestra gratitud por su sufrimiento y ayudémosles en lo que podamos, con gran respeto por el valor de la vida humana, precisamente de la vida que sufre hasta el final. Este es un mensaje fundamental del cristianismo, que viene de la teología de la cruz: que el sufrimiento, la pasión, es presencia del amor de Cristo, es desafío para nosotros a unirnos a su Pasión. Debemos amar a los que sufren, no sólo con palabras, sino con toda nuestra acción y nuestro compromiso. Creo que sólo así somos realmente cristianos. En mi Encíclica *Spe salvi* escribí que la capacidad de aceptar el sufrimiento y a los que sufren es la medida de la humanidad que se posee (cf. n. 38). Donde falta esta capacidad, el hombre queda limitado y redimensionado. Por tanto, oremos al Señor para que nos ayude en nuestro sufrimiento y nos lleve a estar cerca de todos los que sufren en este mundo.

Santo Padre, me llamo Karl Golser. Soy profesor de Teología Moral aquí, en Bressanone, y director del Instituto para la Justicia, la Paz y la tutela de la Creación, y también soy canónigo. Me complace recordar el periodo en el que pude trabajar con usted en la Congregación para la Doctrina de la Fe. Como usted sabe, la Iglesia católica ha forjado profundamente la historia y la cultura de nuestro país. Hoy, sin embargo, a veces tenemos la sensación de que, como Iglesia, nos hemos retirado a la sacristía. Las declaraciones del magisterio pontificio sobre las grandes cuestiones sociales no encuentran el debido eco en las parroquias y comunidades eclesiales. Aquí, en Alto Adige, por ejemplo, las autoridades y muchas asociaciones dedican mucha atención a los problemas ambientales y en especial al cambio climático: los temas principales son el derretimiento de los glaciares, los desprendimientos en las montañas, el problema del coste de la energía, el tráfico y la contaminación atmosférica. Son muchas las iniciativas para la tutela del medio ambiente. Sin embargo, para la mayor parte de nuestros fieles, todo esto tiene poca relación con la fe. ¿Qué podemos hacer para llevar más a la vida de las comunidades cristianas el sentido de responsabilidad con respecto a la creación? ¿Cómo podemos llegar a ver cada vez más unidas la Creación y la Redención? ¿Cómo podemos

de colaborar nosotros mismos activamente en la obra de Dios, en la evolución que Él ha puesto en el mundo, de forma que los dones de la Creación sean valorados y no pisoteados y destruidos.

Si observamos lo que ha surgido en torno a los monasterios, cómo en esos lugares han surgido y siguen surgiendo pequeños paraísos, oasis de la creación, resulta evidente que todo eso no son sólo palabras. Donde la palabra del Creador ha sido entendida de modo correcto, donde ha habido vida con el Creador redentor, las personas se han comprometido a salvar la creación y no a destruirla. En este contexto se puede citar el capítulo 8 de la Carta a los Romanos, donde se dice que la Creación sufre y gime por la sumisión en que se encuentra y que espera la revelación de los hijos de Dios: se sentirá liberada cuando vengan criaturas, hombres que son hijos de Dios y que la tratarán desde la perspectiva de Dios. Creo que es precisamente esto lo que podemos constatar como realidad hoy: la Creación gime —lo percibimos, casi lo sentimos— y espera seres humanos que la miren desde Dios.

El consumo brutal de la Creación comienza donde no está Dios, donde la materia es sólo material para nosotros, donde nosotros mismos somos la última instancia, donde el conjunto es simplemente propiedad nuestra y lo consumimos sólo para nosotros. El derroche de la Creación comienza donde no reconocemos ya ninguna instancia por encima de nosotros, sino que sólo nos vemos a nosotros; comienza donde ya no existe ninguna dimensión de la vida más allá de la muerte, donde en esta vida debemos acapararlo todo y poseer la vida con la mayor intensidad posible, donde debemos poseer todo lo que es posible poseer. Por tanto, creo que sólo se pueden realizar y desarrollar, comprender y vivir, iniciativas verdaderas y eficaces contra el derroche y la destrucción de la Creación donde la Creación se considera desde Dios, donde la vida se considera desde Dios y tiene dimensiones mayores, en la responsabilidad ante Dios. Un día Dios nos dará la vida en plenitud, y ya no nos será quitada: al dar la vida, la recibimos.

Así, creo que debemos intentar con todos los medios que tengamos presentar la fe en público, especialmente donde ya hay sensibilidad respecto a ella. Y pienso que la sensación de que el mundo se nos está escapando —porque nosotros mismos lo estamos expulsando— y el sentirnos agobiados por los problemas de la Creación, es lo que nos brinda una ocasión propicia para hablar públicamente de

Querido decano, ha planteado usted una serie de preguntas que ocupan y preocupan a los pastores y a todos nosotros en esta época. Ciertamente, usted sabe que no puedo dar una respuesta a todo en este momento. Me imagino que usted habrá reflexionado con frecuencia sobre todo esto también en diálogo con su obispo, y nosotros por nuestra parte hablamos de ello en los sínodos de los obispos. Creo que todos necesitamos este diálogo entre nosotros, el diálogo de la fe y de la responsabilidad, para encontrar el camino correcto en esta época en muchos aspectos difícil para la fe y para los sacerdotes. Nadie dispone de una receta; todos juntos la estamos buscando. Con esta reserva, es decir, que me encuentro en este proceso de esfuerzo y de lucha interior junto con todos vosotros, trataré de decir unas palabras al respecto, como parte de un diálogo más amplio.

En mi respuesta, quiero tratar dos aspectos fundamentales. Por una parte, el hecho de que el sacerdote es insustituible, y el significado y las tareas del ministerio sacerdotal hoy; por otra —y esto resalta más hoy que antes— la multiplicidad de los carismas y el hecho de que todos juntos son Iglesia, edifican la Iglesia y, por esto, debemos esforzarnos por suscitarlos, debemos cuidar este conjunto vivo que luego sostiene también al sacerdote. Él sostiene a los demás, los demás lo sostienen a él, y solamente en este conjunto complejo y variado la Iglesia puede crecer hoy y hacia el futuro.

Por una parte, siempre será necesario el sacerdote totalmente entregado al Señor y, por ello, totalmente entregado al hombre. En el Antiguo Testamento está la llamada a la santificación, que más o menos corresponde a lo que nosotros entendemos por consagración, incluso con la ordenación sacerdotal: hay algo que es consagrado a Dios y, por eso, es apartado de la esfera de lo común y dado a Dios. Pero esto significa que desde entonces está a disposición de todos. Precisamente por haber sido apartado y dado a Dios, ya no está aislado, sino que ha sido elevado gracias al "para": para todos.

Creo que esto se puede aplicar también al sacerdocio de la Iglesia. Significa que, por un lado, hemos sido entregados al Señor, apartados de la esfera común, pero, por otro, hemos sido entregados a Él porque de este modo podemos pertenecerle totalmente y así pertenecer totalmente a los demás. Debemos tratar de explicar continuamente esto a los jóvenes, que son idealistas y quieren hacer algo por los demás; explicarles que precisamente haber sido "apartados del común" implica ser "entregados al

Y a eso quiero añadir ahora el otro aspecto: saber delegar, llamar a las personas a colaborar. Tengo la impresión de que la gente lo comprende y también lo aprecia, cuando un sacerdote está con Dios, cuando se entrega a su misión de ser el que ora por los demás. *«Nosotros —dicen— no somos capaces de orar tanto; tú debes hacerlo por nosotros; en el fondo, tú tienes el oficio, por así decirlo, de orar por nosotros»*. Quieren un sacerdote que se esfuerce honradamente por vivir con el Señor y luego esté a disposición de los hombres, de los que sufren, los moribundos, los niños, los jóvenes —yo diría que éstas son las prioridades—, y que también sepa distinguir las cosas que los demás pueden hacer mejor que él, dejando actuar así a los carismas. Pienso en los movimientos y en muchas otras formas de colaboración en la parroquia. Sobre todo esto también se reflexiona globalmente en la diócesis misma, se crean formas y se promueven intercambios. Con razón usted dijo que en esto es importante mirar más allá de la parroquia, hacia la comunidad de la diócesis, más aún, hacia la comunidad de la Iglesia universal, que a su vez debe dirigir su mirada a lo que sucede en la parroquia, analizando qué consecuencias se derivan para el sacerdote.

Usted tocó, además, otro punto que me parece muy importante: los sacerdotes, aunque tal vez vivan geográficamente más lejos unos de otros, son una verdadera comunidad de hermanos que deben sostenerse y ayudarse mutuamente. Esta comunión entre los sacerdotes es aún más importante hoy. Precisamente para no caer en el aislamiento, en la soledad con sus tristezas, es importante encontrarnos con regularidad. Corresponde a la diócesis establecer la mejor forma de realizar los encuentros entre los sacerdotes —hoy tenemos los coches, que facilitan los desplazamientos— para que experimentemos continuamente el estar juntos, aprendamos unos de otros, nos corrijamos y ayudemos mutuamente, nos animemos y consolemos, de modo que en esta comunión del presbiterio, juntamente con el obispo, podamos prestar nuestro servicio a la Iglesia local.

Insisto: ningún sacerdote lo es en solitario; formamos un presbiterio, y cada uno sólo puede prestar su servicio en esta comunión con el obispo. Ahora bien, esta hermosa comunión, que todos reconocemos en el plano teológico, debe llevarse también a la práctica, de las maneras que establezca la Iglesia local. Y debe ampliarse, porque tampoco ningún obispo lo es en solitario, sino que es obispo en el Colegio, en la gran comunión de los obispos. Esta es la comunión en la que debemos comprometernos siempre. Y creo

era muy abierto incluso con los marginados de Israel en aquella época; era un Señor de la misericordia, demasiado abierto, según muchas autoridades oficiales, hacia los pecadores, acogiéndolos o dejando que lo acogieran en sus cenas, atrayéndolos hacia sí en su comunión.

Así pues, en sustancia, creo que los sacramentos son naturalmente sacramentos de fe, y donde no haya ningún elemento de fe, donde la primera Comunión sólo sea una fiesta con un banquete, hermosos vestidos, grandes regalos, entonces ya no sería un sacramento de fe. Pero, por otra parte, si vemos que hay una llamita de deseo de comunión en la Iglesia, un deseo también de estos niños de querer entrar en comunión con Jesús, me parece que conviene ser condescendientes. Naturalmente, en nuestra catequesis debemos ayudarles a entender que la Comunión, la primera Comunión, no es un hecho "puntual", sino que exige una continuidad de amistad con Jesús, un camino con Jesús. Sé que los niños a menudo tienen intención y deseo de ir el domingo a misa, pero sus padres no les dejan cumplir ese deseo. Si vemos que los niños lo quieren, que tienen el deseo de ir, me parece que se trata casi de un sacramento de deseo, la voluntad de participación en la misa dominical. En este sentido, naturalmente, debemos hacer todo lo posible en el contexto de la preparación a los sacramentos para llegar también a los padres, y así despertar también en ellos la sensibilidad por el camino que siguen sus hijos. Deben ayudar a sus hijos a seguir su deseo de entrar en amistad con Jesús, que es una forma de vida, de futuro. Si los padres quieren que sus hijos hagan la primera Comunión, ese deseo más bien social debería ampliarse a un deseo religioso, para hacer posible un camino con Jesús.

Por tanto, creo que en el contexto de la catequesis de los niños, es muy importante el trabajo con los padres. Precisamente esta es una ocasión para encontrarse con los padres, haciendo presente la vida de fe también a los adultos, porque me parece que de los niños pueden volver a aprender la fe y comprender que esta gran solemnidad sólo tiene sentido, sólo es verdadera y auténtica, si se realiza en el contexto de un camino con Jesús, en el contexto de una vida de fe. Por eso, es preciso convencer a los padres, a través de los niños, de la necesidad de un camino preparatorio, que se manifiesta en la preparación para los misterios y comienza a hacer que se amen esos misterios.

Soy consciente de que esta respuesta es bastante insuficiente, pero la pedagogía de la fe siempre es